

300

A.

PQ4683

A3

S6



Es propiedad.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS



MADRE CREYENTE É HIJO SOCIALISTA

(DIÁLOGO)

LA MADRE (*afligida*).—Y entretanto, tú eres socialista y no crees en Dios (*tocando á un pequeño crucifijo que tiene colgado al cuello*), y no tienes fe en éste que besabas cuando eras niño.

EL HIJO.—¿Cuándo he dicho yo éso? No, querida madre: yo no afirmo, pero no niego. Yo espero: he ahí el estado de mi conciencia, que es también el estado verdadero, creo, de la mayor parte de los que se llaman creyentes. Si no tengo la fe ciega, no es porque sea socialista, sino porque soy un hombre de mi tiempo. La duda ha llegado hasta mí por una educación intelectual, que no me fué dada por los socialistas. Mira á tu alrededor: ve entre nuestros amigos y conocidos, cuántas personas de todas eda-

des, respetadas hasta por tí misma, que odian el socialismo, carecen también de fe, y hasta los que aseguran tenerla y viven como si no la tuviesen. El socialismo no ordena en manera alguna que no se tengan creencias; dice solamente: «la conciencia es libre.» ¿Y no te parece que tenga razón? ¿No es verdad que solamente en una conciencia libre puede nacer una fe cierta?

LA MADRE.—Bien... si en algunos momentos, tú crees en Dios, ¿cómo no piensas jamás, pobre hijo mío, tú que piensas cambiar el mundo, que si la sociedad está constituida tal como lo está, es porque Dios lo consiente?

EL HIJO.—¡No, madre mía, no lo pienso: el mundo de hoy es enteramente distinto del que era hace siglos! ¿Admites esto? Pues bien: si ha cambiado tanto, es porque Dios lo consiente. Y si ha consentido que se mudase en el pasado, ¿por qué no habría de consentir que se cambie en lo futuro? ¿Qué creyente puede afirmar que la forma actual de la sociedad sea la última que consiente Dios, que ha destinado Él para que no se vuelva á mudar jamás, que todos los desórdenes y los males inherentes á ella en la actualidad quiere Dios que sean mantenidos

para siempre? Si existe una cosa enteramente clara y manifiesta, es que Dios *nos deja hacer*; porque si esto no fuera así, no tendríamos libertad, sin la cual no habría ni mérito ni culpa. Somos, por tanto, libres de hacer todo aquello que nos parece bien, y para destruir todo aquello que nos parece mal; de mudar la sociedad en el modo que nos parezca mejor para ella, y, pudiéndolo hacer, tenemos, ante Dios, el deber de hacerlo.

LA MADRE.—Será así... no lo niego; pero vuestro error es éste: ¡que vuestra Idea, como decís todos, es una utopia fundada sobre un concepto falso de la naturaleza de los hombres!

EL HIJO.—Pero entonces, querida mamá, la idea de Cristo de que todos los hombres se amen como hermanos, y los ricos den todo á los pobres, reduciéndose también ellos á serlo; de que se perdonen todas las ofensas, de que no se cuide nadie de ningún interés terreno, ¿no te parece también una utopia fundada sobre un concepto falso de la naturaleza de los hombres? ¿No ves que en mil novecientos años esta idea no se ha convertido en realidad, y crees que lo será alguna vez?

LA MADRE.—¡Oh, el caso es muy distinto! Todo lo que prescribe el Evangelio puede ser, y cualquiera que quiera puede hacerlo. Supón que todos hagan lo que prescribe y el mundo se cambiará mejorando, y cambiará la sociedad como tú desees. ¡Mira, pues, cómo basta la Religión para esas aspiraciones!

EL HIJO.—No, madre mía, si bastase la Religión para mantener en el buen camino á los hombres y hacerlos caminar hacia adelante en esa buena vía, ¿por qué serían necesarias, aun entre los pueblos más religiosos, tantas leyes y tantas fuerzas para proteger vidas y haciendas, para refrenar y castigar, para conservar la paz ó el orden? Todo eso te dice que no basta la Religión. Y si no es suficiente para mantener aquel poco bien que existe, menos bastará para conseguir el bien mejor á que aspiramos.

LA MADRE.—Yo no sé, será... mas todos lo dicen: quereis un cambio imposible, una sociedad que habéis imaginado vosotros y que jamás ha existido ni nunca existirá.

EL HIJO.—Mas tampoco la sociedad tal y cual está ahora constituida, lo ha estado nunca, y la de hoy no está parada, sino que

marcha. Fijate un poco en lo que sucede á nuestro alrededor, madre mía, cuántas instituciones, leyes, costumbres, ideas, tendencias, de las cuales, cuando tú eras joven, no había indicios, ni siquiera se hablaba de estas cosas, acuérdate, y si se hablaba de alguna de esas ideas, eran tenidos por extravagantes y locos los que las defendían, y se aseguraba que nunca llegarían á realizarse. Pues bien: considera que todas esas cosas, organizaciones de los obreros, sociedades cooperativas, ligas de resistencia, leyes protectoras del trabajo, ideas de solidaridad y de igualdad, jurados populares, reivindicación de derechos y de reformas, luchas formidables entre patronos y obreros... recorre con el pensamiento el desenvolvimiento de todas estas cosas nuevas, y calcula para el porvenir, como harías con la mirada puesta en varias líneas convergentes, y comprenderás que todas esas fuerzas tienden á un fin solo, que es mejorar la condición de la muchedumbre; interroga á tu razón y verás cómo te dice que en el punto en el cual se encuentren esas líneas estará el socialismo ó alguna cosa semejante, con la cual se llegará á aquel ideal de un modo natural y lógico. Repara que

el mundo cambia. Tú estás cierta de que dentro de cien años será muy diferente de lo que es hoy. Ahora bien: ¿crees tú que entonces estará más próxima, ó más remota que ahora, la regeneración social que nosotros deseamos?

LA MADRE (*turbada*). — De estas cosas no estoy en condiciones de discutir contigo, querido hijo... pero por mucho que me digas, comprende que siento hacia vuestras ideas una repugnancia... un terror, que algo significa.

EL HIJO. — Pero esa repugnancia, ese terror, piensa bien que no son nuestras ideas lo que te lo infunden; te lo han infundido muchas cosas y personas que ignoran esas ideas, y que nos calumnian. Piensa que millones de hombres, por larguísimo tiempo, han creído de buena fe que los primeros cristianos que también vivían en medio de ellos eran unos malvados, capaces de toda infamia y de todo delito.

LA MADRE. — ¡Ah, no hagas semejante comparación, hijo mío! puede ser que el mundo haya de cambiar, como tú dices; pero no mudará mejorando, si no es con Dios. De Él sólo vienen los buenos sentimientos y las buenas ideas, y el corazón me

dice que vosotros no estáis con Él. ¿Qué será jamás el progreso, y la civilización, y todo aquello que tú quieres, sin la Religión?

EL HIJO. — ¿Y qué es la Religión sin las obras, querida madre? Examina un poco uno por uno nuestros propósitos. El socialismo quiere una sociedad en que no se pueda enriquecer nadie con el trabajo ajeno, ni vivir sin trabajar; en la que el que trabaje tenga derecho á vivir; en la que trabajando todos, la labor no sea excesiva para nadie, y de aquí que no embrutezca y no torture á nadie, dando al obrero tiempo y modo de restaurar sus fuerzas, cuidar la familia y cultivar su espíritu. Quiere el socialismo que cese esta necesidad fatal, que para alimentar la fábrica arranca las madres á los hijos y los hijos á las casas y á las escuelas, extenuando y corrompiendo mujeres y chiquillos, perpetuando la ignorancia en la multitud, y sembrando la muerte entre los débiles. Quiere el socialismo que cese esta concurrencia desenfundada que es causa de tantas bajas pasiones, angustias y ruina; esta furia de adquirir, este terror por perder; esta mezela feroz de hombres que se disputan á bocados el palmo de tierra y los pedazos de pan: quiere

que desaparezca todo esto para dar paso y lugar á una sociedad no dividida por el orgullo y por el odio de clases, no irritada por el espectáculo de la desigualdad, de la injusticia y de la miseria inmerecida que contrista y descorazona toda conciencia recta: quiere, en suma, el socialismo que los hombres se pongan de acuerdo y se avengan, en cuanto sea posible, en la forma de una gran familia trabajadora, en la cual, si no se pueden suprimir las angustias y dolores y las desigualdades de la naturaleza, al menos el egoísmo esté contenido, los dolores consolados y la desigualdad atenuada por el afecto recíproco y por el sentimiento de los intereses comunes, con todo lo cual no será posible el espectáculo del hambre y la desesperación al lado de la abundancia y del fausto. Ahora bien: de todos estos deseos y propósitos, querida madre, ¿hay uno solo que se oponga á tu Religión? ¿Hay uno solo que tu corazón bueno y generoso pueda rechazar? Y dime todavía más, ¿se puede creer en un Dios bueno y justo sin creer al propio tiempo que Él desea la realización de este ideal? Tú dices que los buenos sentimientos proceden de Dios: entonces, madre mía, ¿de dónde viene á mi conciencia

este sentimiento de simpatía hacia la masa de gentes que trabajan con afán? ¿De dónde esta piedad, esta compasión que me hace llorar en el fondo de mi espíritu, este deseo de que se cumpla el bien, este odio hacia el mal y la injusticia, que ha destruído la paz de mi vida, y que me da, sin embargo, las más nobles alegrías que se pueden gozar en la tierra?

LA MADRE (*conmovida*).—Cierto... sí, te oigo hablar... y bien, si eres sincero (*con resolución imprevista, tomando la pequeña cruz que tiene al cuello y presentándosele con dulce sonrisa al hijo*), besa.

EL HIJO (*con sencillez*).—Ha amado á los pobres y consolado á los infelices, ha predicado la justicia, y murió por sus hermanos; pues bien: beso con toda mi alma! (*besa la cruz tres veces*).

LA MADRE (*con vivo arranque de emoción*).—¡Hijo mío! (*pero se contiene de pronto, presa de turbación, y pasándose una mano por la frente, dice*): y, sin embargo, no sé... no comprendo...

EL HIJO (*aparte y suspirando*).—He ahí la gran desgracia... ¡no comprenden! (*Después, con profunda ternura y con energía*). ¡Oh, madre mía, no puedo amarte más; pero

si en vez de censurarme y de contenerme, si en vez de dudar, me dijese un día: hijo mío, si tienes ese consuelo, ve, pienso contigo, combate por tu santo ideal, la bendición de tu madre te sigue, caería de rodillas delante de ti y de la cruz que llevas al cuello, y sería bueno como un ángel y fuerte como un héroe!

LA MADRE (*llevándose el pañuelo á los ojos*).—No digas más, hijo mío... vete y déjame pensar.



¡TRABAJADORES, Á LAS URNAS!

Conferencia pronunciada en el Teatro Principal de Turín, con motivo de las elecciones municipales de 1894, tomada taquigráficamente.

VUESTROS compañeros de Comité electoral, que me invitaron á dirigiros la palabra, me sugirieron el asunto del discurso:—Excitar á los empleados de ferrocarril, especialmente á los obreros, á tomar parte en la elección, demostrándoles que deben tener interés en mandar al Concejo municipal representantes de la clase obrera á que pertenecen.

La cosa me pareció superflua. ¿Cómo —pensé,—hay todavía obreros que no estén persuadidos de esta verdad, de la cual están convencidos en el fondo del alma hasta muchos de aquellos que estimarían una imprudencia proclamarla? Y de repente se